Opinión

EN CARICATURAS

Día del Padre



Robo en Bogotá



Sobre la 'rebelión de las canas'



En blanco y negro

Juan Lozano

Cada día me hace más falta abrazar a mi mamá. Cada día me hace más falta abrazar a mi tía. Cuando, camino a mi trabajo, estoy pasando por el barrio donde viven, una y otra vez tengo que dominar el impulso de desviarme para hacerles una visita y decirles que las adoro y darles un abrazo como esos que nos dábamos casi todos los días antes del coronavirus. Pero una y otra vez me arrepiento porque entiendo su fragilidad, su vulnerabilidad y la necesidad de que se mantengan aisladas por estos días.

Lo que está en juego es su vida. Ni más ni menos. Las estadísticas en Colombia y en el mundo son absolutamente contundentes. No mienten. Los adultos mayores de 70 y, claro está, los mayores de 80 registran los más altos riesgos y las más altas tasas de fatalidad si hay un contagio.

Está claro que el más grande acto de respeto, amor y solidaridad hacia ellos es el de aislarlos para protegerlos. Ellos deben entender que proteger su vida es un imperativo y que por eso, salvo el corto recreíto recientemente autorizado, deben permanecer confinados. No se debe salir como antes y no se puede salir como antes.

Por eso me ha parecido tan sorprendente, viniendo de personas a quienes respeto mucho, la mal llamada "rebelión de las canas". Sus promotores han causado un daño que ellos, con absoluta buena fe, no calcularon. Muchos adultos mayores que sobrellevaban con tranquilidad su aislamiento, después de oírlos, están impacientes, desesperados, empeñados en salir a la calle.

Han cuestionado, sin argumentos poderosos, las adecuadas decisiones de salud pública para protegerles la vida y, sin quererlo -estoy seguro-, terminaron sumándose a un coro de activistas políticos empeñados en obtener réditos políticos del coronavirus.

No obstante, y aunque ellos mismos no lo noten, su contribución a la construcción de una mejor sociedad ha llegado no por la vía de lograr que los dejen salir a la calle, como a colegiales rebeldes, sino por el camino profundo de poner en el centro de la discusión los derechos de las personas mayores y la valoración de nuestros viejos en una sociedad que envejece.

La agenda de los adultos mayores es cada vez más determinante para el futuro de Colombia. Más temprano que tarde debemos avanzar en una reforma pensional estructural y sostenible; en unos ajustes en los subsistemas de bienestar del adulto mayor, incluyendo transporte, recreación y uso del tiempo libre; en ajustes estructurales del sistema de salud tanto en lo preventivo como en lo asistencial; en una ampliación de beneficios económicos periódicos (beps) o de modelos de gestión de ingresos básicos de subsistencia y se debe repensar la legislación laboral en función de una pirámide poblacional que se está invirtiendo. No hay duda: nuestro país se está envejeciendo.

Cuánta falta le hace a nuestra sociedad escuchar la voz de los mayores y capitalizar su experiencia y su sabiduría. Más allá del coronavirus, y antes de que apareciera, se perpetraba un acto de irresponsabilidad colectiva al marginar a nuestros adultos mayores y dándoles un tratamiento de muebles viejos. Nada es más fructífero para el progreso sostenible de una sociedad que el encuentro creativo, respetuoso y propositivo entre el conocimiento de los viejos y los ímpetus de los jóvenes.

Y no se trata de nostalgias del pasado. Se trata de que todos, en un armónico encuentro intergeneracional, logremos maximizar el aporte de nuestros mayores, aprendiendo de sus logros y de sus fracasos, manteniéndolos física y mentalmente activos, para sortear con éxito los enormes retos que el futuro les plantea a las nuevas generaciones.

No es cuestión, simplemente, de agregarle más años a la vida. Agreguémosles más vida a los años y sigamos cuidando a nuestros mayores con devoción y amor.

@JuanLozano_R

Donde los bárbaros



Revitalizar el paisaje cultural

Melba Escobar

Durante el día sin IVA, los chistes en las redes sociales no dieron tregua. "Enfermos por las compras", "Descuentos de muerte", "Covid Friday", "Compra en Alkosto y muere en agosto". Por parte del Gobierno, la irresponsabilidad no tiene nombre. Si la intención era apoyar la economía, hay muchas otras maneras de hacerlo antes que propiciando una explosión de contagios.

Vivimos, además, en una sociedad con una ya larga historia de crímenes a cuchilladas por unos tenis de marca, un celular, un carro o una nevera. Para Antonio Caballero hemos sido un país de bárbaros desde el origen y aún seguimos siéndolo. Somos también una sociedad excluyente. Asimismo en la cultura. Los festivales de arte, cine, teatro han sido desde siempre para las minorías.

Mientras que en países como Alemania declaran la cultura un bien de primera necesidad en medio de la pandemia, aquí se insiste en un concepto gaseoso como es el de la economía naranja. Del cual solo se entiende, por cierto, que a sus promotores les interesa rentabilizarla. Una mirada utilitaria de las artes y la creatividad, disciplinas que viven de la libertad y la independencia disidente, no es solo equivocada, también es destructiva.

Querer domesticar la cultura es como querer tener un león de mascota. O se la deja libre, o se la somete, se la encierra en una jaula o embalsama.

Por cierto, la directora de programación cultural de la FilBo, Olga Naranjo, y Juana Silva, del área de contenido infantil y juvenil de la FilBo, fueron despedidas. Esta decisión llevó a que cinco editoriales independientes se retiraran de la Cámara Colombiana del Libro por considerar que priorizan el aspecto mercantil por encima de los contenidos. ¿Es este un ejemplo de la economía naranja?

Casi puedo ver la conexión entre el gobierno que habla de industrias creativas y el que propone un día sin IVA en épocas de pandemia. En ambos está la marca del que se preocupa primero por su popularidad que por apoyar al pueblo que supuestamente representa. El sello de las soluciones milagrosas, el pensamiento mágico, tan fértil en Colombia, esa idea de que podemos sacarnos la fortuna del sombrero, recuperar la economía devastada durante tres meses en una jornada. Mensajes nocivos para un país que había venido siguiendo el confinamiento con cierta disciplina.

Sueño con una sociedad que vaya al teatro no solo cuando llega el Festival Iberoamericano. Que además de las películas de Dago García, muchas otras propuestas estéticas y temáticas sean exitosas en taquilla. Que vivir del arte y la literatura sea una alternativa. Nadie nunca se ha muerto por no leer, no ir a galerías de arte, al teatro o a conciertos. ¿O sí? Creería que habría menos robos y crímenes si tuviéramos más lectores, teatreros, músicos y artistas. Al menos valdría la pena averiguarlo. Democratizar la cultura nos haría una sociedad menos dispuesta a entregarse a la lógica fácil del 'sálvese quien pueda', 'será lo que Dios quiera' o 'El vivo vive del bobo'.

La cultura es la vida. Lo entendió Franklin Roosevelt durante la Gran Depresión, cuando se construyeron miles de parques, biblioteca y salas de conciertos en los Estados Unidos. También se generó el apoyo público a nuevos talentos. De dicha iniciativa surgieron artistas plásticos como Jackson Pollock y Mark Rothko, y escritores como Saul Bellow y John Cheever. No olvidemos que Roosevelt, con la cultura como bandera, sacó al país americano de la crisis.

Irse a una fila de Alkosto por horas a comprar un electrodoméstico es, ante todo, una crisis de la imaginación. Es la miseria de vivir en un ecosistema inapropiado para cultivar la sensibilidad, la creatividad y la inspiración. Entre las tantas lecciones de la semana pasada, la urgencia de revitalizar nuestro paisaje cultural merece ocupar un lugar destacado.

@melbaes



Inversión en infraestructura

Juan Martín Caicedo Ferrer*

Respuesta a la crisis

Invertir 0,5 % del producto interno bruto (PIB) en infraestructura de transporte, durante los próximos 10 años, aumentaría la tasa de crecimiento económico en 0,8 puntos porcentuales por año. Así quedó evidenciado en un reciente estudio elaborado por Fedesarrollo para la Cámara Colombiana de la Infraestructura.

Para llegar a esa conclusión, el centro de pensamiento cuantificó el costo asociado a 28 proyectos, identificados por la propia Cámara, en corredores terrestres, férreos, fluviales y aéreos. Este paquete de obras prevé la culminación estratégica de los corredores de comercio exterior hacia las dos costas y, además, hace parte del Plan Maestro de Transporte Intermodal 2015-2035.

Al sumar el valor de las iniciativas allí priorizadas, el resultado arroja una cifra para nada despreciable: $ 54 billones, ni más ni menos, a precio de 2019.

La pregunta que surge es evidente: ¿cómo financiar semejante apuesta? Pues bien, del conjunto de proyectos mencionados, 15 serían de iniciativa pública y su financiación se daría con recursos del Gobierno ($ 28,2 billones). Por su parte, los 13 proyectos restantes harían parte de las denominadas IP, iniciativa privada, lo cual significa que no tendrían fuentes públicas de financiamiento ($ 25,9 billones). Con base en esto fue, justamente, que se calculó el aumento de la tasa de crecimiento arriba mencionada.

De ejecutarse cabalmente este paquete de obras, como lo anhela el país, el tamaño del choque alcanzaría su punto máximo en 2023 y 2024, justo los dos años durante los cuales la inversión ascendería a 1,1 % del PIB. Una alentadora proyección, más aún si se tiene en cuenta que ello redundaría en un crecimiento económico de 1,5 puntos porcentuales por año. Vale la pena aclarar, eso sí, que estos resultados no incluyen las ganancias en productividad y PIB potencial derivadas de una mayor capacidad y eficiencia de la infraestructura de transporte instalada, por lo que se pueden interpretar como una cota inferior a los impactos en materia de crecimiento.

> La inversión en obras será la mejor herramienta para encarar una baraja de enormes desafíos: reactivar el crecimiento, aumentar el empleo y reducir la pobreza.

Adicionalmente, el aumento de inversión en obras civiles se traducirá en generación de empleo. Las cifras son demoledoras: 159.000 plazas de trabajo directas al año, únicamente en la etapa de construcción. En otras palabras, lo anterior equivaldría a la creación de 1,5 millones de puestos de trabajo directos en toda la década. Ello sin tener en cuenta los empleos indirectos que se generarían durante el mismo periodo: cerca de un millón.

En lo que tiene que ver con la tasa de pobreza se vislumbran halagüeños resultados: habría una reducción de 0,5 puntos porcentuales en dicho indicador, lo que significa que anualmente alrededor de 246.000 personas saldrían de esa condición, con un máximo de reducción de alrededor de 434.000 individuos entre 2022 y 2023. Este fenómeno ocurriría en el preciso instante en que se dé el mayor crecimiento económico, gracias a la ejecución de los proyectos ya referidos.

Esta cascada de reconfortantes cifras pone de manifiesto la importancia de jugársela a fondo por la infraestructura, para no solo inyectarle dinamismo a la economía nacional, sino para aprovechar su utilidad como instrumento contracíclico en esta compleja coyuntura. Al ser un sector con amplia presencia territorial, que puede operar en diversas locaciones geográficas e impactar una variedad de modos de transporte, se convierte en un motor fundamental para la generación de valor agregado y empleos en el corto plazo.

Lo anterior es especialmente importante de cara a la actualidad económica del país, en donde el crecimiento ya se está impactando negativamente por causa de los efectos del covid-19 y los bajos precios del petróleo. Así, pues, la inversión en obras será la mejor herramienta para encarar una baraja de enormes desafíos: reactivar el crecimiento, aumentar el empleo y reducir la pobreza. Será, sin duda alguna, una respuesta a la crisis.

** Presidente ejecutivo de la Cámara Colombiana de la Infraestructura*